

¡Venceremos!

Joseph Goebbels



editorial Kamerad



¡Venceremos!

Joseph Goebbels

1945

¡Venceremos!

*Discurso radiofónico pronunciado por Joseph Goebbels el 19 de abril de 1945
en conmemoración del cumpleaños de Adolf Hitler*

¡Mis compatriotas alemanes!

En un momento del desarrollo de la guerra, en el que - así desearía uno creer - una vez más, tal vez la última, todos los poderes del odio y la destrucción del oeste, este, sudeste y sur acometen contra nuestros frentes, a fin de romperlos y dar al *Reich* el golpe de gracia, me presento ante el pueblo alemán, como siempre desde 1933, en la víspera del 20 de abril, para hablarle del *Führer*. Hubo en el pasado momentos felices e infelices en los que esto sucedió. Sin embargo, nunca anteriormente estuvieron las cosas sobre el filo de la navaja como hoy, nunca el pueblo alemán tuvo que defender su simple existencia bajo peligros tan enormes, ni el *Reich* tuvo que asegurar la protección de su amenazada estructura en un último y vigoroso esfuerzo.

Tiempos como éstos se dan sólo muy esporádicamente en la Historia. Se presentan por lo tanto para la correspondiente generación viva y combativa, que ha de soportarlos, carentes de comparación y ejemplo. Acontecimientos históricos de semejante carácter y extensión palidecen en nuestro recuerdo bajo el pesar que soportamos, bajo las preocupaciones que parecen ahogarnos, y bajo las preguntas angustiosas sobre nuestros seres queridos y sobre el futuro de nuestro valiente y duramente probado pueblo...

Este no es el momento para hablar en ocasión del cumpleaños del *Führer* con las habituales palabras de antaño ni para ofrendarle con los tradicionales buenos deseos. Hoy debe ser dicho más, y en especial por parte de alguien que ha adquirido un título ante el *Führer* y ante el pueblo. Yo he permanecido durante veinte años al lado del *Führer*, he participado en la ascensión de su movimiento desde los más pequeños e insignificantes comienzos hasta la toma del poder, y he contribuido a ello con mis mejores fuerzas. Compartiendo con el *Führer* alegrías y penas, las de victorias históricas sin precedentes así como las de reveses terribles que tanto abundaron en los años de 1939 hasta hoy, he vivido junto a él y permanezco ahora a su lado, cuando el destino coloca ante él y su pueblo la última y más dura prueba, para después - de ello estoy seguro - tenderles a ambos el laurel. Sólo puedo decir que la época, en toda su oscura y dolorosa grandeza, ha encontrado en el *Führer* a su único representante digno. Si aún vive hoy Alemania, si Europa y con ella el Occidente decente con su cultura y civilización aún no se ha hundido completamente en el remolino del tenebroso abismo que se abre ante nosotros, a él únicamente se lo han de agradecer.

Pues él será el hombre de este siglo que - ciertamente bajo dolores y pesares, pero aún así seguro de sí mismo - se abre camino ascendente. Él es el único que permaneció fiel a sí mismo, el que no vendió ni traicionó sus creencias y sus ideales por coyunturas más baratas, el que siempre siguió firme su recto camino, al encuentro de una meta que ciertamente hoy reside invisible tras las montañas de escombros que nuestros enemigos llenos de odio erigieron de los florecientes campos de nuestro continente antaño tan feliz y orgulloso, pero que reaparecerá reluciente ante nuestros ardientes y doloridos ojos una vez que las hayamos atravesado.

Tiempos como los que hoy vivimos requieren de un *Führer* algo más que conocimiento, sabiduría y energía; para su superación es necesaria una clase de tenacidad y perseverancia, de valentía del corazón y del alma, que sólo rara vez se da en

la Historia, pero que cuando se hace efectiva, conduce a los más admirables resultados del ingenio humano. Burckhardt, en sus *Consideraciones sobre la historia mundial*, escribió lo siguiente: “*Los destinos de pueblos y Estados, las direcciones de civilizaciones completas pueden depender de que un hombre extraordinario sea capaz de soportar determinadas tensiones del alma y esfuerzos de primera clase en determinados momentos. Todo añadido numérico de cabezas y corazones ordinarios no puede reemplazar lo anterior.*”

¿Quién querría negar que para nuestra época y para la venidera, durante muchas generaciones, sólo el *Führer* tiene el derecho a ser llamado con esta palabra, y que ella alude a su persona y a sus obras? ¿Qué le han opuesto en verdad los hombres de Estado enemigos? Nada salvo la preponderancia del número, su estúpida locura destructiva, una diabólica furia exterminadora tras la que ya aguarda el caos de la disolución de la humanidad civilizada. ¿En qué se han convertido sus tesis de felicidad proclamadas tan ruidosa y patéticamente? ¿En qué se han convertido su Carta del Atlántico y sus cuatro libertades? Sólo en hambre, miseria, pestilencia y masacre. Todo un continente profanado les acusa. Ciudades y pueblos antaño florecientes de todos los países de Europa han sido transformados en un paisaje de cráteres; centenares de miles, sí, millones de indefensas mujeres y niños en el norte, este y sudeste del continente gimen y lloran bajo el látigo rabioso del bolchevismo.

La más brillante cultura que jamás haya dado la Tierra se hunde en ruinas, y no deja más que un recuerdo de la grandeza de una época que estos poderes satánicos destrozará. Los pueblos serán sacudidos por las más duras crisis económicas y sociales, que son precursoras de aún más terribles acontecimientos venideros. Nuestros enemigos afirman que los soldados del *Führer* pasaron por las tierras de Europa como conquistadores, pero allí donde fueron propagaron la prosperidad y la dicha, la tranquilidad, el orden, la estabilidad, el trabajo en abundancia, y como resultado de ello, una vida digna. Nuestros enemigos afirman que sus soldados van a las mismas tierras como libertadores, pero allí donde se presentan les siguen la pobreza y la pesadumbre, el caos, la devastación y la aniquilación, el desempleo, el hambre y las masacres; y lo que queda de la pretendida libertad, ésta vendría a ser como un pordiosero que ni tan siquiera en la parte más oscura de África se atrevería a calificarse de humano digno.

Aquí se alza un programa de reconstrucción claramente definido, que en nuestro propio país y en todos aquellos de Europa donde encontró una oportunidad para ello, ha resultado útil, dichoso para los hombres y para los pueblos, positivo y previsor, en contra de la palabrería nebulosa de la destrucción mundial judeo-plutocrática-bolchevique. Aquí se alza un hombre, seguro de sí mismo, con una firme y recta voluntad, en contra de la perversa coalición de hombres de Estado hostiles, que sólo son los lacayos y órganos ejecutores de esta conspiración mundial. Europa ya ha tenido una vez la opción de decidirse entre ambos. Se ha decantado en favor de la anarquía latente, y hoy debe pagarlo con pena infinita. No habrá mucho más tiempo para decidir una segunda vez sobre su futuro destino. ¡Se trata pues de vida o muerte!

Una revista británica publicó unos días atrás, que el producto resultante de la política demencial de las potencias enemigas será con seguridad una revolución de los pueblos de Europa contra la plutocracia anglo-americana, y que Hitler es el hombre que cuando se puso manos a la obra para construir la felicidad política y económica de Europa, fue detenido precisamente por esa misma plutocracia en alianza funesta con el bolchevismo asiático. No tengo nada que añadir. Así es en efecto, y ninguna tentativa de disimulo puede exculpar de este crimen a nuestros enemigos plutocráticos.

El deber de defenderse contra una prepotente coalición de fuerzas de destrucción mundial claramente satánicas, implica ciertamente pruebas y cargas de naturaleza sobrehumana, pero ello tampoco es ningún deshonor, ¡al contrario! Tomar valientemente a su cargo una lucha que es inevitable e ineludible, llevarla a cabo en el nombre de una Providencia Divina, confiando en ella y en su bendición siquiera tardía, mantenerla firme frente a su destino con la conciencia y las manos limpias, soportar toda pena y toda prueba, pero sin dedicar jamás ni un sólo pensamiento a ser infiel al cometido histórico ni en la hora más angustiosa de la decisión última tornarse vacilante y arrojar la carga: ¡esto no es sólo viril, también es, en el mejor sentido, alemán! Si nuestro pueblo no hiciera suyo este cometido y no abogara por él como si de un mandato divino se tratara, no merecería ninguna existencia ulterior, y junto con el derecho a ella perdería también toda posibilidad.

Lo que hoy vivimos es el último acto de un drama tremendamente trágico, que comenzó el 1 de agosto de 1914 y que nosotros, los alemanes, interrumpimos el 9 de noviembre de 1918 precisamente en el momento en que se hallaba próximo a su conclusión. Este es el motivo por el que tuvo que ser renovado e iniciado de nuevo el 1 de septiembre de 1939. Lo que quisimos ahorrarnos en noviembre de 1918, lo recuperamos hoy en volumen duplicado y triplicado. Ante ello no existe vía de escape alguna a no ser que el pueblo alemán se separe de una vida humana y esté dispuesto a llevar una existencia por todo el porvenir de la que deberían avergonzarse las tribus más primitivas de África.

Más si es viril y alemán, como *Führer* de un gran pueblo valeroso, soportar esta lucha puesta por entero sólo sobre él, hacer frente a enemigos prepotentes y amenazantes con la confianza puesta en la propia fuerza y seguridad así como en la ayuda de Dios, combatir contra ellos en lugar de capitular ante ellos, entonces del mismo modo es viril y alemán, como pueblo, seguir a semejante *Führer* de forma incondicional y fiel, sin subterfugios ni limitaciones, sacudirse todo sentimiento de debilidad y flaqueza, confiar en la buena estrella, que reside sobre él y sobre todos nosotros, también y precisamente cuando está momentáneamente oscurecida por negros nubarrones, no ser en la desgracia cobarde, sino obstinado, no ofrecer en ningún caso a un malicioso mundo contemplativo la visión de un carácter infame, enarbolar, en lugar de las banderas blancas de la sumisión esperadas por el enemigo, el viejo estandarte de la cruz gamada de una resistencia fanática y salvaje, renovar el juramento que tan a menudo hemos jurado en los felices y seguros tiempos de paz, agradecer a Dios una y otra vez que Él nos donara un auténtico *Führer* para esta época grande y terrible, sentirse día y noche en lo más profundo del corazón unido a sus preocupaciones y cargas, y ya sólo con ello mostrar al mundo enemigo que nos pueden herir, pero no matar, golpear sangrientamente, pero no derribar, atormentar, pero no humillar.

¿Existe algún alemán que no le apruebe? ¿Podría nuestro pueblo, tras seis años de semejante lucha, rebajarse tanto que olvidara todo honor y todo deber y, en el vértigo del momento, vendiera por un plato de lentejas su sagrado e inalienable derecho a una grandiosa vida venidera? ¿Quién querría atreverse a afirmar esto? ¿Quién piensa tan despreciablemente de nosotros que cree, justamente ahora que estamos en el último y decisivo asalto de la guerra, que traicionaríamos todos nuestros ideales jurados, que arrojaríamos por la borda todas las esperanzas en un futuro más hermoso para nuestro *Reich* y entregaríamos, en el desconcierto de la desgracia que nos ha correspondido, nuestro propio ser, nuestra tierra, nuestro pueblo y la vida de nuestros hijos y nietos?

Se habla en el mundo de la lealtad como de una virtud alemana. ¿Cómo habría podido

soportar nuestro pueblo las pruebas de esta guerra sin ella, y cómo sin ella habría de soportar las últimas por venir? ¡Pues éstas serán las últimas! La guerra se aproxima a su fin. La locura que las potencias enemigas han llevado a la humanidad y han atravesado ya su punto más alto. Ella deja atrás en el mundo entero únicamente un sentimiento de vergüenza y asco. La perversa coalición entre plutocracia y bolchevismo va a romperse. La cabeza de la conspiración enemiga ha sido destrozada por el destino. Fue ese mismo destino el que permitió al *Führer* el 20 de julio de 1944 permanecer en pie e ileso entre muertos, heridos graves y escombros, y con ello ultimar su obra, ciertamente bajo pesares y cargas, pero aún así, tal como establece el sentido de la Providencia.

Una vez más los ejércitos de las potencias enemigas se lanzan contra nuestros frentes defensivos. Tras ellos babea como fustigador el judaísmo internacional, que no desea ninguna paz hasta que haya alcanzado su meta satánica de destrucción mundial. ¡Pero será en vano! Cuando Lucifer se encuentre ante las puertas del poder sobre todos los pueblos, Dios, como tantas otras veces ya, le arrojará nuevamente de vuelta al abismo del que ha salido. Un hombre de auténtica y secular grandeza, de un ánimo sin par, de una constancia que eleva y conmueve a los corazones, será su instrumento para ello. ¿Quién querría sostener que este hombre se encuentra en el caudillaje del bolchevismo o de la plutocracia? No, el pueblo alemán le ha dado a luz. Le ha elevado de la nada, le ha elegido como *Führer* en elección libre; conoce sus obras de paz y ahora está dispuesto a conducir y a ejecutar sus impuestas obras de guerra hasta un final fructífero.

Después de esta guerra, Alemania florecerá en pocos años como nunca anteriormente. Sus destruidos paisajes y provincias serán reconstruidos con nuevas y más bellas ciudades y pueblos, en las que habitarán hombres felices. Toda Europa participará de este auge. Seremos de nuevo amigos de todos los pueblos de buena voluntad, cicatrizaremos junto con ellos las graves heridas que desfiguraron el noble rostro de nuestro continente. De los ricos campos de cereales crecerá el pan de cada día, que apacigüe el hambre de millones que hoy padecen desnutrición y sufrimiento. Habrá trabajo en abundancia y de él brotará, cual del más profundo manantial de la felicidad humana, prosperidad y fuerza para todos. ¡El caos será subyugado! No serán los infiernos quienes dominarán este continente, sino el orden, la paz y el bienestar.

¡Esta fue siempre nuestra meta! Aún lo es también hoy. Si las potencias enemigas hicieran prevalecer su voluntad, la humanidad se hundiría en un mar de sangre y lágrimas. Guerras se alternarían con guerras, revoluciones con revoluciones, y en su terrible sucesión sería echado a perder hasta el último vestigio que hubiera quedado de un mundo que fue y volverá a ser hermoso y digno de ser amado.

Pero si nosotros hacemos prevalecer nuestras metas, entonces el trabajo de construcción social de la nación, iniciado en Alemania en 1933 y tan abruptamente interrumpido en 1939, será reanudado y continuado con reforzado vigor. Otros pueblos se nos unirán, no obligados por nosotros, sino por su propia y libre voluntad, puesto que no hay otro camino derivado de la crisis mundial. ¿Quién sino el *Führer* podría señalar la dirección hacia él? Su trabajo es un trabajo de orden. Sus enemigos sólo pueden oponerle un trabajo diabólico de anarquía y de devastación de los hombres y de los pueblos.

La historia alemana no es rica en grandes hombres de Estado. Pero cuando han entrado en ella, la mayoría de las veces tuvieron algo que decir y que dar no sólo a su pueblo, sino también al mundo. ¿Qué habría aún de europeo en Europa, si los emperadores, reyes, príncipes y mariscales alemanes no hubiesen rechazado

constantemente con sus ejércitos los asimismo constantemente repetidos asaltos procedentes del este? La mayor parte de las veces llevaron sobre sus espaldas a un continente desunido que, o bien no les entendió, o bien hasta les frenó en su tarea de salvar a Europa. ¿Tendría ello que ser distinto hoy? En la actual fase de los acontecimientos, en que la guerra está cerca o tal vez ya en medio de su desenlace, se hace difícil una interpretación definitiva de esta enorme lucha de los pueblos. Pero hay una que hoy no puede ser negada ya por más tiempo: si no hubiera un Hitler, y Alemania fuera dirigida por un gobierno como el de Finlandia, Bulgaria y Rumania, entonces hace mucho tiempo ya que se habría convertido en un botín del bolchevismo. Lenin dijo en una ocasión que el camino hacia la revolución roja mundial pasa por Polonia y el *Reich*. Polonia está en poder del Kremlin a pesar de todos los intentos anglo-americanos por disimularlo. Si Alemania la hubiera seguido, o alguna vez la siguiera, ¿qué sería del resto de nuestro continente?

Plantear la pregunta implica contestarla. Los soviéticos probablemente se situarían ya en la costa del Atlántico, Inglaterra recibiría tarde o temprano su merecido castigo por su traición a Europa, que encontró en su concubinato con el bolchevismo su expresión más desesperada, y por consiguiente también en los Estados Unidos presumiblemente pronto se opinaría de otra forma acerca de un horripilante fenómeno mundial, que hoy es descrito totalmente distorsionado y desfigurado por la propaganda norteamericana en razón de los precisos fines de una prensa judía.

Si por lo tanto el mundo aún vive, no sólo el nuestro, sino también el restante, ¿a quién otro sino al *Führer* ha de agradecérselo? Hoy puede injurarlo y denigrarlo, y perseguirlo con su odio infame, ¡más algún día tendrá que revisar este punto de vista o arrepentirse amargamente! Él es el núcleo de la resistencia contra la decadencia mundial. Él es el corazón más valeroso de Alemania y la más ferviente voluntad de nuestro pueblo. Puedo permitirme hacer un juicio sobre ello, y éste ha de ser dicho precisamente hoy: si la nación aún respira, si ante ella aún descansa la posibilidad de la victoria, si aún hay una salida al peligro mortal de la mayor gravedad, hemos de agradecérselo a él. Él es la constancia misma. Nunca le vi estar vacilante o desanimado, débil o cansado. Él seguirá su camino hasta el final, y allí lo que le espera no es el hundimiento de su pueblo, sino un nuevo y feliz comienzo hacia un auge sin par del germanismo.

¡Escuchad alemanes! Hoy millones de seres humanos de todos los países de la Tierra miran ya a este hombre, todavía dudando y preguntándose si él conoce alguna salida a la gran desgracia que le ha tocado al mundo. Él se la enseñará a los pueblos, pero nosotros le miramos llenos de esperanza y en una creencia profunda e imperturbable. Obstinados y combativos permanecemos junto a él: soldado y civil, hombre, mujer y niño, un pueblo, resuelto hasta el último, puesto que se trata de la vida y del honor. Él no ha de perder de vista a sus enemigos, por lo que le prometemos que no necesita mirar tras de sí. No vacilaremos y no nos ablandaremos, no le abandonaremos en hora alguna, ya sea ésta la más vertiginosa y peligrosa. Estamos con él como él con nosotros: en fiel camaradería germánica, tal como le hemos jurado y tal como queremos cumplir. No le insistimos, puesto que él ya lo sabe y debe saberlo: ¡*Führer*, ordena; nosotros te seguimos! Le sentimos en nosotros y entre nosotros. Que Dios le dé fuerza y salud y le proteja de todo peligro. El resto queremos hacerlo nosotros.

Nuestra desgracia nos ha hecho maduros, pero no faltos de carácter. Alemania todavía es la tierra de la lealtad. Ha de celebrar en el peligro su triunfo más bello. La Historia nunca podrá informar que en este período un pueblo perdió a su *Führer* o un *Führer* a

su pueblo. Esta es pues la victoria. Lo que tan a menudo en alegría pidiéramos al *Führer* en esta tarde, hoy en la pena y en el peligro se ha convertido para todos nosotros en un ruego muy profundo e íntimo: “*¡Qué él siga siendo lo que para nosotros es y siempre fue: nuestro Hitler!*”

“Si las potencias enemigas hicieran prevalecer su voluntad, la humanidad se hundiría en un mar de sangre y lágrimas. Guerras se alternarían con guerras, revoluciones con revoluciones, y en su terrible sucesión sería echado a perder hasta el último vestigio que hubiera quedado de un mundo que fue y volverá a ser hermoso y digno de ser amado.”

(Joseph Goebbels)

